

merece que todos le aborrezcan y desprecien; porque cuando este conocimiento nace de verdadera humildad, viene aquella pena con una suavidad y contento que no querria unoverse sin ella. Esas otras penas y congojas que algunos tienen, viendo en sí tantas faltas e imperfecciones, son tentación del demonio, el cual pretende con eso por una parte que pensemos que tenemos humildad, y por otra si pudiese á vueltas, querria que desconfiásemos de Dios, y que anduviésemos desalentados y desmayados en su servicio. Si hubiéramos de parar en el conocimiento de nuestra flaqueza y miseria, harta ocasion tuviéramos de entristecernos y desconsolarnos, como tambien de desmayar y acobardarnos; pero no habemos de parar ahí, sino pasar luego á la consideracion de la bondad, y misericordia y liberalidad de Dios, y á lo mucho que nos ama y padeció por nosotros, y en eso habemos de poner toda nuestra confianza. Y así lo que fuera ocasion de desmayo y tristeza, mirándoos á vos, sirve para esforzar y animar, y es ocasion de mayor alegría y consuelo, mirando á Dios. Mírase uno á sí mismo, y no ve sino que llora, y mirando á Dios confía en su bondad, sin temor de verse desamparado, por muchas faltas e imperfecciones y miserias que vea en sí; porque la bondad y misericordia de Dios, en que tiene puestos sus ojos y corazón, excede y sobrepuja infinita-

mente todo eso. Y con esta consideracion arraigada en las entrañas desarrimase de sí, como de caña quebrada, y anda arrimado y confiado siempre en Dios, conforme á aquello del profeta Daniel, IX, v. 18: *Neque enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam, sed in miserationibus tuis multis*: No confiados de nosotros, ni en nuestros merecimientos y buenas obras nos atrevemos á levantar nuestros ojos á Vos, y pedirnos mercedes, sino confiados, Señor, en vuestra grande misericordia.

CAPÍTULO XIII.

Del segundo grado de humildad: declárase en qué consiste este grado.

El segundo grado de humildad, dice san Buenaventura, es desear uno ser tenido de los otros en poco: *Ama nesciri, et pro nihilo reputari*. Process. 6 regul. c. 22. Desear que no os conozcan ni os estimen, y que no haga nadie caso de vos. Si estuviésemos bien fundados en el primer grado de humildad, tendríamos andado mucho camino para llegar á este segundo; si verdaderamente nosotros nos tuviésemos en poco á nosotros mismos, no se nos haria muy dificultoso que los otros tambien nos tuviesen en poco, antes nos holgaríamos de ello. ¿Lo quereis ver? dice san Buenaventura. Todos naturalmente nos holgamos que los de-

más se conformen con nuestro parecer y sientan lo mismo que nosotros sentimos. Pues si esto es así, ¿por qué no nos holgamos que los otros nos tengan en poco? ¿Sabeis por qué? Porque no nos tenemos nosotros en poco; no somos de ese parecer. San Gregorio (1) sobre aquellas palabras de Job, XXXIII, v. 17: *Peccavi, et vere deliqui, et ut eram dignus, non recepi*, dice: Muchos con la boca dicen mal de sí, y que son unos tales y unos cuales, y no lo creen ellos así; porque cuando otros les dicen aquellas mismas cosas, y aun menores, no lo pueden sufrir: y estos tales, cuando dicen mal de sí, no lo dicen con verdad, porque no lo sienten ellos así en su corazón como lo sentia Job cuando decia: Pequé, y verdaderamente he delinquido y ofendido á Dios, y no me ha castigado tanto como yo merecia. Job decia esto con verdad y de corazón; pero estos, dice san Gregorio, solamente se humillan con la boca y exteriormente, mas en el corazón no tienen humildad; quieren parecer humildes, pero no lo quieren ser, porque si de veras lo desearan, no se sentirian tanto cuando otro les reprende y les avisa de alguna falta, y no se excusarian ni volverian tanto por sí, ni se turbarian como se turban.

Cuenta Casiano, collat. 18, c. 11, que vino un monje al abad Serapion, que en el hábito, meneos y

(1) Gregor. lib. 1 Dialog. cap. 6; lib. 24 Moral. cap. 12; et lib. 22, cap. 14.

palabras mostraba grande humildad y menosprecio de sí mismo, y nunca acababa de decir mal de sí, que era tan pecador y malo, que no era digno de gozar de este aire comun ni de la tierra que pisaba; no queria sentarse sino en el suelo, y mucho menos consentir que le lavasen los piés. El abad Serapion despues de haber comido comenzó á tratar algunas cosas espirituales como tenia de costumbre, y cúpole su oración al huésped. Dióle un buen consejo con mucho amor y blandura, que pues era mancebo y robusto, procurase residir en su celda, y trabajar con sus manos para comer, conforme á la regla de los monjes, y no anduviese ocioso discurrendo por las celdas de los demás. Sintió tanto aquel monje esta amonestacion y aviso, que no lo pudo disimular, sino que lo mostró exteriormente en el rostro y semblante. Entonces díjole el abad Serapion: ¿Qué es esto, hijo, que hasta ahora nos decias de tí tantos males y tantas cosas de mucha afrenta y deshonor, y ahora con una amonestacion tan llana como esta, que no contiene en sí injuria ni afrenta alguna, sino mucho amor y caridad, te has indignado y alterado tanto que no lo has podido disimular? ¿Esperabas porventura con aquellos males que decias de tí oír de nuestra boca aquella sentencia del Sábio: *Justus prior est accusator sui*? Prov. XVIII, v. 17. Este es justo y humilde, pues dice mal de sí. ¿Preten-

dias que te alabásemos yuviésemos por justo y por bueno? ¡Ay! dice san Gregorio, que muchas veces eso es lo que pretendemos con nuestras hipocresías y humildades fingidas, y lo que parece humildad es soberbia grande; porque muchas veces nos humillamos por ser alabados de los hombres, y por ser tenidos por buenos y por humildes. Sino, pregunto yo: ¿para que decís de vos lo que no queréis que crean los otros? Si lo decís de corazón y andais con verdad, habeis de querer que los otros crean y os tengan por tal; y si esto no queréis, manifestamente mostrais que en eso no pretendéis ser humillado, sino ser tenido y estimado. Esto es lo que dice el Sábio: *Est qui nequiter humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo.* Eccli. c. XIX, v. 23. Hay algunos que se humillan fingidamente, y allá en lo interior su corazón está lleno de soberbia y engaño; porque ¿qué mayor engaño que buscar por medio de humildad ser honrado y estimado de los hombres? ¿Y qué mayor soberbia que pretender ser tenido por humilde? *Appetere de humilitate laudem, humilitatis non est virtus, sed subversio.* Bern. serm. 16 super Cant. Pretender alabanzas de la humildad, dice san Bernardo, no es virtud de humildad, sino perversion y destrucción de ella. ¿Qué mayor perversion puede ser que esa? *Quid perversius, quidve indignius, ut inde velis videri melior, unde videris deterior?* ¿Qué cosa pue-

de ser mas fuera de razón que querer parecer mejor de donde pareceis peor? Del mal que decís de vos queréis parecer bueno y ser tenido por tal, ¿qué cosa mas indigna y mas fuera de razón? Y san Ambrosio re- prendiendo esto, dice: *Multi habent humilitatis speciem, sed virtutem non habent: multi eam foris præterdunt, et intus impugnant.* L. 7, ep. 44. Muchos tienen la apariencia de la humildad, pero no tienen la virtud de la humildad. Muchos, que parece que exteriormente la buscan, interiormente la contradicen.

Es tanta nuestra soberbia y la inclinación que tenemos á ser tenidos y estimados, que buscamos mil modos, é inventamos mil trazas para eso. Unas veces por indirectas, otras por directas, siempre procuramos llevar el agua á nuestro molino. Dice san Gregorio (1), que es propio de los soberbios, cuando les parece que han hablado ó hecho alguna cosa bien, preguntar á los que los vieron ú oyeron que les digan las faltas, para que les digan bien de ello: parece que se humillan exteriormente, pidiendo que les digan las faltas; pero no es humildad aquella sino soberbia, porque pretenden con aquello sacar alabanza. Otras veces comienza uno á decir mal de lo que ha hecho, y dice que ha quedado muy descontento de ello, para con aquello sacar lo que el otro tiene en su pecho, y querría

(1) Gregor. lib. 26 Moral. cap. 1; idem Bonav. de informat. novit. cap. 8.

que se lo excusase, y le dijese: No fue por cierto sino muy bien dicho, ó muy bien hecho, y no teneis razón de estar descontento. Eso es lo que el otro buscaba.

Llamaba á esta un Padre muy grave y muy espiritual humildad de garabato; porque con ese garabato queréis sacar del otro que os alabe. Acaba uno de predicar, y queda él muy contento y muy pagado de su sermón, y pregunta al otro que le diga las faltas: ¿para qué son esas ficciones é hipocresías? Que no pensais vos que ha habido faltas. No pretendéis sino que os digan bien del sermón, y que concuerden con vuestro parecer, y eso oís de buena gana; y si acaso el otro con llaneza os dice alguna falta, no gustais de ello, antes la defendeis, y aun algunas veces acontece que juzgais al que os notó la falta de no tan buen entendimiento, y que no tiene buen voto en aquella materia, porque tuvo por falta lo que vos tuvisteis por acertado. Todo es soberbia y estimación, y eso pretendéis sacar con humildades fingidas. Otras veces, cuando no podemos encubrir nuestra falta, la confesamos llanamente, para que ya que perdimos honra con la falta, la ganemos con aquella confesion humilde. Otras veces, dice san Bernardo, de grad. humilit. c. 9, exageramos nosotros nuestras faltas, y decimos aun mas de lo que es; para que viendo los otros que no es posible ni creible ser tanto como aquello, piensen que no

debió de haber falta ninguna en ello, y lo echen todo á humildad nuestra; y así, exagerando y diciendo mas de lo que es, queremos encubrir lo que es. Con mil mañas y marañas procuramos disfrazar y encubrir nuestra soberbia so capa de humildad.

Y en esto veréis de camino, dice san Bernardo (*ubi supra*), cuán excelente y preciosa cosa sea la humildad, y cuán baja y afrentosa la soberbia. *Gloriosa res humilitas, qua ipsa quoque superbia palliare se appetit, ne vilescat:* Mirad cuán alta y gloriosa cosa es la humildad, pues la misma soberbia se quiere valer de ella, y cubrir con ella. Y mirad cuán baja y vergonzosa cosa es la soberbia, pues no se atreve á parecer descubierta la cara, sino disfrazada y cubierta con velo de humildad. Que quedaríais vos corrido y afrentado si el otro entendiese que pretendéis y deseais ser estimado y alabado; porque os tendrían por soberbio, que es el mas bajo puesto en que podeis ser tenido, y por eso procurais encubrir vuestra soberbia con muestras de humildad. Pues ¿por qué queréis ser lo que teneis vergüenza de parecer? Si quedaríais avergonzado y corrido de que los otros entendiesen que vos queréis ser alabado y estimado, ¿por qué vos no os avergonzáis de quererlo? Pues el mal en esto está en quererlo vos, no en que los otros entiendan que lo queréis. Y si teneis vergüenza que los hombres entiendan eso, ¿por qué

no la teneis de Dios, que lo entienda y ve? *Imperfectum meum videntur oculi tui.* Psalm. CXXXVIII, 16.

Todo esto nos viene de no estar bien fundados en el primer grado de humildad, y así estamos tan léjos del segundo. Es menester que tomemos este negocio de sus principios: primero conviene que conozcamos nuestra miseria y nuestra nada, y del profundo conocimiento propio ha de nacer en nosotros un sentir muy bajamente de nosotros mismos, y despreciarnos y tenernos en poco, que es el primer grado de humildad. Y de ahí habemos de subir á este segundo. De manera que no basta que vos os tengais en poco, no basta que vos digais mal de vos, aunque lo digais de verdad y de corazon, y lo sintais así; sino habéis de procurar llegar á holgaros que los otros tambien sientan de vos eso mismo que vos sentís y decís, y os desprecien y tengan en poco. Dice san Juan Clímaco, cap. de vanag.: No es humilde el que se abate y dice mal de sí; porque, ¿quién hay que no se sufra á sí mismo? Sino aquel es humilde que con paz huelga ser despreciado y maltratado de otros. Bueno es que uno diga siempre mal de sí, que es un soberbio, perezoso, impaciente, negligente y descuidado; pero mejor sería que guardase eso para cuando otro se lo dice. Si vos deseais que los otros sientan eso mismo y os tengan en esa posicion y figura, y os holgais de oír esas co-

sas, cuando se ofrece la ocasion, esa es verdadera humildad.

CAPÍTULO XIV.

De algunos grados y escalones por donde habemos de subir á la perfeccion de este segundo grado de humildad.

Por ser este segundo grado de humildad de lo mas práctico y dificultoso que hay en el ejercicio de esta virtud (1), dividiremosle como le dividen algunos Santos, y harémos de él cuatro grados ó escalones, para que así poco á poco, y como por sus pasos contados, vamos subiendo á la perfeccion de la humildad que este grado nos pide. El primer escalon es no desear ser honrado y estimado de los hombres; antes huir de todo lo que dice honra y estimacion. Llenos tenemos todos los libros de ejemplos de Santos que estaban tan léjos de desear ser tenidos y estimados del mundo, que huían de las honras y dignidades, y de todas las ocasiones que les podian acarrear estimacion delante de los hombres, como de un enemigo capital. De esto nos dió primero ejemplo Cristo nuestro Redentor y Maestro, Joan. VI, v. 16, que huyó cuando entendió que querian venir á elegirle por rey, despues de aquel famoso milagro de haber hartado á cinco mil hombres con

(1) Anselm. lib. de Similit.

cinco panes y dos peces; no teniendo él peligro alguno en algun estado, por alto que fuese, sino por darnos ejemplo. Y por la misma razon, cuando manifestó la gloria de su sacratísimo cuerpo á sus tres discípulos en su admirable transfiguracion, *Matth. ix, v. 20; Marci, vii, v. 35*, les mandó que no lo dijesen á nadie hasta despues de su muerte y gloriosa resurreccion; y dando vista á los ciegos, y haciendo otros milagros, les encargaba el secreto: todo para darnos á nosotros ejemplo, que huyamos de la honra y estimacion de los hombres, por el grande peligro que en ello hay de desvanecernos y perdernos.

En las Crónicas de la Orden del bienaventurado san Francisco, p. 1, l. 7, c. 6, se cuenta, que oyendo Fr. Gil contar la caída de Fr. Elías, que habia sido ministro general y gran letrado, y entonces era apóstata y descomulgado, porque se fué para el emperador Federico II, rebelde á la Iglesia; echóse Fr. Gil en tierra, oyendo estas cosas, y apretábase fuertemente con ella. Y preguntado por qué hacia aquello, respondió: quiero descender cuanto pudiese, porque aquel cayó por subir mucho. Gerson (1) trae á este propósito aquello que fingen los poetas de Anteo gigante, hijo de la tierra, que peleando con Hércules, cada vez que se echaba en la tier-

(1) Gerson, serm. de humilit. in Cœna Domini.

ra cobraba nuevas fuerzas, y así no podia ser vencido. Pero Hércules, cayendo en la cuenta, levantóse en alto, y así le cortó la cabeza. Eso, dice Gerson, pretende el demonio con las alabanzas, honras y estimacion del mundo, levantarnos en alto para degollarnos y hacernos dar mayor caída; y por esto el verdadero humilde se echa en la tierra de su propio conocimiento, y teme y huye tanto ser levantado y estimado.

El segundo escalon, dice san Anselmo, que es: *Ut patiatur contemp- tibiliter se tractari*: Sufrir con paciencia ser despreciado de otros: que cuando se os ofreciere alguna ocasion que parezca que es menoscabo y desprecio vuestro, la llevéis bien. Ahora no tratamos que deseéis injurias y afrentas, y que las andeis á buscar, y os holgéis y regocijéis en ellas. De eso trataremos despues, que es cosa mas alta y mas perfecta. Lo que decimos es, que á lo menos cuando se ofreciere la ocasion de alguna cosa que toque á vuestro desprecio la llevéis con paciencia, sino podeis con alegría, conforme á aquello del Sábio: *Omne quod tibi applicitum fuerit, accipe, et in dolore sustine, et in humilitate tua patientiam habe.* Eccli. II, v. 4. Todo lo que se te ofreciere, aunque sea muy contrario al gusto y á la sensualidad, recíbelo muy bien, y aunque te duela, súfrelo con humildad y paciencia. Este es un medio muy grande para alcanzar la humildad y para conser-

varla; porque así como la honra y estimacion de los hombres es ocasion para ensoberbecernos y desvanecernos, y por eso huian tanto de ella los Santos; así todo lo que es en nuestro desprecio y desestima es muy grande medio para alcanzar la humildad, y conservarnos y crecer en ella. Decia san Laurencio Justiniano que la humildad es semejante al arroyo ó corriente, que en el invierno lleva grande avenida, y en el verano pequeña. Así la humildad con la prosperidad desmedra, y con la adversidad crece.

Muchas son las ocasiones que de esto se nos ofrecen cada dia, y grande ejercicio de humildad podríamos traer si anduviésemos con atencion y cuidado de aprovecharnos de ellas. Dice muy bien aquel Santo (1): «Lo que agrada á los otros, irá delante: lo que á tí contenta, no se hará: lo que dicen los otros, será oído: lo que dices tú, será contado por nada: pedirán los otros, y recibirán: tú pedirás, y no alcanzarás. Otros serán muy grandes en la boca de los hombres, de tí no se hará cuenta: á los otros encargarán los negocios, tú serás tenido por inútil. Por esto entristecerse ha la naturaleza; mas será gran cosa si lo sufrieres callando.» Cada uno entre en cuenta consigo, y vaya discurrendo en particular por las ocasiones que se pueden y suelen ofrecer, y vea cómo le va en ellas. Mirad cómo os va cuando

(1) Thom. de Kempis.

alguno os manda con imperio y resolucion: mirad cómo lo tomáis cuando os avisan ó reprenden alguna falta: mirad lo que sentís cuando os parece que el superior no hace mucha confianza de vos, sino que antes anda con recato. Dice san Doroteo: Cualquier ocasion de estas que se ofreciere, recibidla como remedio y medicina para curar y sanar vuestra soberbia, y rogad á Dios por el que os ofrece esa ocasion, como por médico de vuestra alma, y persuadios que el que aborrece estas cosas aborrece la humildad.

El tercer escalon que tenemos de subir es no holgarnos ni tomar contentamiento cuando somos alabados y estimados de los hombres: esto es mas dificultoso que lo pasado, dice san Agustin: *Et si cuiquam facile est laude carere, dum denegatur, difficile est ea non delectari cum offertur* (1): Aunque es fácil cosa carecer de alabanzas, y no se nos da nada de no ser alabados ni honrados cuando esto no se ofrece; pero no holgarse uno cuando le alaban y estiman, y no tomar contentamiento en eso, es muy dificultoso. San Gregorio, lib. 22 Moral., c. 6, trata muy bien este punto, sobre aquellas palabras de Job, c. xxxi, v. 26, 27: *Si vidi solem cum fulgeret, et lunam incedentem clare, et lætatum est in abscondito cor meum*: Si ví al sol cuando resplandecia, y á la luna cuando andaba claramente, se alegró allá den-

(1) August. epist. 64 ad Aurel. Episc.

tro mi corazon, dice san Gregorio que esto dice Job, porque no se holgaba ni tomaba vano contentamiento en las alabanzas y estimacion de los hombres, que eso es mirar al sol cuando resplandece, y á la luna cuando está con gran claridad, mirar uno la buena fama y opinion que tiene acerca de los hombres y sus alabanzas, y holgarse y contentarse de eso. Pues dice que esta diferencia hay entre los soberbios y los humildes, que los soberbios huélganse cuando los alaban, y aunque se amentira el bien que dicen de ellos, se huelgan porque no tienen cuenta con lo que son verdaderamente en sí y delante de Dios; solo pretenden ser tenidos y estimados de los hombres, y así se alegran y engrien con eso, como quien ha alcanzado el fin que pretendia: empero el verdadero humilde de corazon, cuando ve que le alaban y estiman, y dicen bien de él, entonces se encoge y se confunde mas, conforme aquello del Profeta, Psalm. lxxxvii, v. 16: *Exaltatus autem, humiliatus sum, et conturbatus*: Cuando me ensalzaban, entonces me humillaba yo mas, y andaba con mayor vergüenza y temor; y con razon: *Cauta enim consideratione trepidat, ne aut de his, in quibus laudatur, et non sunt, majus Dei iudicium inveniatur, aut de his, in quibus laudatur, et sunt, competens premium perdat*. Gregor. Porque teme no sea mas castigado de Dios por no tener aquello de que es alabado, ó si por ventura lo tiene, teme no se li-

bre su premio y galardón en aquellas alabanzas, y le digan despues: *Recepisti bona in vita tua*. Luc. xvi, v. 25. Ya recibiste en tu vida el premio de tus obras.

De manera que de lo que los soberbios toman ocasion para engreirse y desvanecerse, que es de las alabanzas de los hombres, de eso toman los humildes ocasion para confundirse y humillarse mas; y eso es, dice san Gregorio, lib. 22 Moral. c. 9, lo que dice el Sábio: *Quomodo probatur in conflatorio argentum, et in fornace aurum, sic probatur homo ore laudantis*. Prov. c. xxvii, v. 21. Así como la plata se prueba en el lugar donde es fundida, y el oro en el crisol, así es probado el hombre en la boca de quien le alaba. La plata ó el oro, si es malo, en el fuego se consume; mas si es bueno, en el fuego se clarifica y purifica mas. Pues así, dice el Sábio, se prueba el hombre con las alabanzas; porque el que cuando es alabado y estimado se ensalza y envanece con las alabanzas que oye, ese es oro ó plata no buena, sino reprobada, pues se consume en el crisol de la lengua; pero el que oyendo alabanzas tuyas, de allí toma ocasion para humillarse y confundirse mas, es plata y oro finísimo, pues no se consumió con el fuego de las alabanzas, antes quedó mas acendrado y clarificado con ellas, porque quedó mas humillado y confundido. Pues tomad esta por señal de si vais aprovechando en virtud y humildad, pues

por tal nos la da el Espíritu Santo. Mirad si os pesa cuando os alaban y estiman, ó si os holgais y contentais de eso, y ahí veréis si sois oro ú oropel.

De nuestro Padre san Francisco de Borja, lib. 4, c. 1 de su vida, leemos, que ninguna cosa le daba tanta pena como cuando se veia honrado por santo ó por siervo de Dios. Y preguntado una vez por qué se afligia tanto de ello, pues él no lo deseaba ni procuraba, respondió: que temia la cuenta que habia de dar á Dios por ello, siendo él tan otro del que se pensaba; que es lo que decíamos de san Gregorio. Así nosotros habemos de estar tan fundados en nuestro propio conocimiento, que no basten los vientos de las alabanzas y estimacion de los hombres á levantarnos y sacarnos de nuestra nada; antes entonces nos habemos de confundir y avergonzar mas, viendo que son falsas aquellas alabanzas, y que no hay en nosotros aquella virtud de que nos alaban, ni somos tales cuales el mundo nos predica y habíamos de ser.

CAPÍTULO XV.

Del cuarto escalon, que es desear ser despreciados y tenidos en poco, y holgarnos con ello.

El cuarto escalon para llegar á la perfeccion de la humildad es que desee uno ser despreciado y tenido en poco de los hombres, y que se huelgue con las deshonras,

injurias y menosprecios. Dice san Bernardo (1): *Verus humilis, vilis vult reputari, non humilis prædicari, et gaudet de contemptu sui*: El verdadero humilde desea ser tenido de los otros en poco, no por humilde, sino por vil, y gózase en eso. Este es el segundo grado de humildad, y en esto consiste la perfeccion de él. Y por eso, dice (2), se compara la humildad al nardo, yerba pequeña y odorífera, conforme á aquello de los Cantares, c. 1, v. 11: *Nardus mea dedit odorem suum*; porque entonces se extiende y esparce el olor de este nardo de la humildad á los demás, cuando no solo vos os teneis en poco, sino quereis y deseais que los demás tambien os desprecien y tengan en poco.

Nota san Bernardo (3), que hay dos maneras de humildad: una que está en el entendimiento, que es cuando uno mirándose á sí mismo, y viendo su miseria y vileza, convencido de la verdad, se tiene en poco, y se juzga por digno de todo desprecio y deshonra; otra está en la voluntad, y es cuando uno quiere ser tenido de otros en poco, y desea ser despreciado y deshonrado de todos. En Cristo nuestro Redentor dice que no hubo la primera humildad de entendimiento, porque no podia Cristo tenerse á sí mismo en poco, ni por digno de desprecio y deshonra:

(1) Bernard. serm. 16 super Cantic.

(2) Serm. 24 super Cantic.

(3) Serm. 41 super Cantic.

Quoniam sciebat se ipsum: Porque se conocia él muy bien á sí mismo, y sabia que era verdadero Dios, é igual al Padre: *Non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo, sed semetipsum exinanivit, formam servi accipiens*. Ad Philip. II, v. 6, 7. Mas hubo en él la segunda humildad de corazon y de voluntad; porque por el grande amor que nos tuvo quiso abatirse y desautorizarse, y parecer vil y despreciado delante de los hombres. Y así dice él: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde*. Matth. I, v. 29. Aprended de mí, que soy manso, y humilde de corazon y de voluntad. Empero en nosotros, dice san Bernardo, ha de haber ambas humildades, porque la primera sin la segunda es falsa y engañosa. Querer parecer y ser tenido por otro de lo que verdaderamente sois, falsedad y engaño es. El que verdaderamente es humilde, y de veras siente bajamente de sí, y se desprecia él á sí mismo, y se tiene en poco, hase de holgar tambien que los otros le desprecien y tengan en poco.

Esto es lo que habemos de aprender de Cristo. Mirad cuán de corazon y con cuán gran deseo y voluntad abrazó él los desprecios y deshonras por nuestro amor, que no se contentó con abatirse y apocarse, haciéndose hombre, y tomando forma y hábito de siervo, el que es Señor de los cielos y de la tierra, sino que quiso tomar forma y hábito de pecador. *Deus Filium suum mittens in similitudinem*

carnis peccati, ad Rom. VIII, v. 3, dice el apóstol san Pablo: Envió Dios á su Hijo en traje y semejanza de un hombre pecador: no tomó pecado, porque no pudo caber en él; pero tomó el cauterio y señal de pecadores, porque quiso ser circuncidado como pecador, y bautizado entre pecadores y publicanos, como si fuera uno de ellos, y ser tenido en menos que Barrabás, y ser juzgado por peor y por mas indigno de la vida que él.

Finalmente, era tan grande el deseo que tenia de padecer afrentas, escarnios y vituperios por nuestro amor, que le parecia que se tardaba mucho aquella hora, en la cual embriagado de amor habia de quedar desnudo, como otro Noé, para ser escarnecido de los hombres: *Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur!* Luc. XII, v. 50. Con bautismo, dice, tengo de ser bautizado, con bautismo de sangre, ¡y cómo vivo en estrechura hasta que se ponga por obra! *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum*. Luc. XXII, v. 15. Con deseo he deseado que se llegue ya esta hora, en la cual no se verán sino escarnios y vituperios nunca vistos, bofetadas y pecozones como á esclavo, escupirle su cara como á blasfemo, y vestirle de blanco como á loco, y de púrpura como á rey fingido; y sobre todo los azotes, que es castigo de ladrones y malhechores, y el tormento de la cruz en compañía de ladrones, que en aquel tiempo